



Desaparecidos de la dictadura militar argentina, Emmanuel Frezzotti

Postmodernidad y (post)dictadura. Consideraciones teóricas sobre la literatura argentina postdictatorial

DAVID ANTONIO MUÍÑO BARREIRO
Universidad de Santiago de Compostela, España

RESUMEN: El objetivo principal del presente artículo es demostrar que la postmodernidad argentina constituyó, simultáneamente, un resultado y una respuesta respecto de las transformaciones en la organización del poder y la legitimidad. La literatura argentina postdictatorial partió de un paisaje histórico marcado por el desmoronamiento de las bases sociales y culturales del país a causa las consecuencias de la violencia ejercida por el poder estatal. En dichos textos, el recuerdo de la barbarie ejecutada por el régimen militar se unió a la formulación de poéticas centradas tanto en la deconstrucción del discurso autoritario como en la proposición de modelos alternativos.

PALABRAS CLAVE: Postdictadura, literatura, Estado.

ABSTRACT: The main aim of the present article is to demonstrate that Argentinian Postmodernity constituted, simultaneously, a result and a response in relation to the transformations at the organization of power and legitimacy. Argentinian postdictatorial literature emerged from a historical landscape determined by the decline of the social and cultural basis of the country because of the consequences of state violence. In such texts, the remembering of the barbarism executed by the military joined the formulation of poetics focused on the deconstruction of the authoritarian discourse as well as on the proposition of alternatives models.

KEYWORDS: Postdictatorship, literature, State.



La idea de una postmodernidad latinoamericana ha constituido durante las últimas décadas una cuestión fundamental en la evolución de los debates desarrollados en el ámbito académico latinoamericano¹. El carácter problemático que se le atribuye a dicho concepto proviene en buena medida de la difícil aplicación al contexto de América Latina de una noción surgida a partir de las condiciones sociales y culturales de Estados Unidos o países europeos como Gran Bretaña, Alemania o Francia. Desde este punto de vista, la aceptación de una versión latinoamericana de la postmodernidad es vista como una réplica enajenada, una concesión a “la pulsión extranjerizante del calco mimético” (Richard, 1994: 212). Se considera, entonces, que con la asignación de lo postmoderno al ámbito latinoamericano se pervierte la distancia real entre, por un lado, las circunstancias históricas de las sociedades instaladas en la sobresaturación producida por el sistema postindustrial y, por otro, el paisaje de miseria, opresión y violencia experimentado por muchos de los habitantes de América Latina. Así, se subraya que, con la transcripción del modelo euroestadounidense, se completa la imposición de un ordenamiento temporal que no concuerda con la discontinuidad y la fragmentariedad de la evolución social de los países latinoamericanos:

¹ Los problemas derivados de la adaptación de las categorías de lo postmoderno a los países de América Latina ocupan un lugar privilegiado en la producción crítica de autores como, entre muchos otros, José Joaquín Brunner, Jesús Martín-Barbero, Néstor García Canclini, Norbert Lechner, Nelly Richard, Beatriz Sarlo, Hugo Achurar, George Yúdice, Ernesto Laclau, Martín Hopenhayn o John Beverley.

Postmodern seems a particularly inappropriate term for nation-states and social formations that are usually thought of as not yet having gone through the stage of modernity, in Weber's sense of the term, or, perhaps more exactly, that display an "uneven modernity" (Beverley y Oviedo, 1995: 2).

No obstante, si bien dichas críticas dan cuenta de algunas de las peculiaridades propias de los procesos de conformación de los países latinoamericanos, omiten, igualmente, los efectos derivados de su vinculación al contexto general del sistema mundial del que forman parte. Como indican John Beverley y José Oviedo, tales apreciaciones olvidan parte de la naturaleza de la misma postmodernidad, en especial el modo en que ésta se encuentra unida a las dinámicas de interacción establecidas entre las culturas locales y la instantánea y omnipresente cultura global, en la cual el modelo centro-periferia, dominante desde el siglo XIV, ha comenzado a desintegrarse (1995: 3). En efecto, las regiones latinoamericanas, al igual que los demás territorios afectados por un pasado colonial, desempeñan en la actualidad un papel sustancialmente diferente del desarrollado durante el avance de los primeros proyectos de colonización y el apogeo de las políticas imperialistas. La configuración original de la idea de América Latina se hallaba directamente localizada en la base de la modernidad y sus esquemas geopolíticos; si la conquista del continente americano dio lugar a la apertura de los flujos económicos que permitieron la expansión del sistema capitalista, tanto su conceptualización como su explotación se transformaron a lo largo de los siguientes siglos en un elemento fundamental de los programas coloniales de España y Portugal y, más tardíamente, de Gran Bretaña y Francia: "La invención de América fue uno de los puntos nodales que permitieron crear las condiciones necesarias para la expansión imperial y para la existencia de un estilo de vida europeo que funcionó como modelo del progreso de la humanidad" (Mignolo, 2007: 31-32). Sustento material y simbólico del desarrollo europeo, América Latina ejercía sus funciones desde una ubicación periférica construida en oposición al centro de poder y dominación cultural, dentro de una cartografía política y económica que reforzaba su distanciamiento respecto a los focos hegemónicos. La neutralización de este horizonte de jerarquías binarias ha dado paso ahora, a través de la dinamización de las comunicaciones, al surgimiento de nuevos esquemas de soberanía que prescinden de los límites anteriormente consolidados.

Tales formalizaciones emergentes no establecen ningún centro de poder ni se sustentan en fronteras o barreras fijas, por lo que constituyen un aparato de dominio descentrado y desterritorializador, el cual, de manera progresiva, incorpora la totalidad del terreno global dentro de sus fronteras abiertas y en permanente expansión (Hardt y Negri, 2002:14). La eliminación de las barreras y las exclusiones que obstaculizaban el desarrollo tradicional de la capitalización provoca la emergencia de un mercado mundial cuyo dominio se extiende por la superficie de todo el planeta, introduciendo líneas de división y jerarquía

ajenas a las fronteras nacionales o internacionales tradicionales. Esta nueva modulación de la geopolítica señala la desaparición del ámbito de lo “exterior” (el ámbito natural, la esfera pública, los territorios colonizados, etc.) en la constitución del sistema capitalista multinacional, una pérdida que pone un punto final a los dualismos que sustentaban los discursos de la modernidad y configura un horizonte postmoderno que se caracteriza por la uniformidad económica. Por tanto, siguiendo las tesis de Michael Hardt y Antonio Negri, se evidencia que, a raíz de las transformaciones del capital, la oposición entre lo interior y lo exterior ha sido sustituida por “un juego de grados e intensidades, de hibridación y artificialidad” (2002: 179); con ello, las particularidades que distinguen las actuaciones políticas y económicas de América Latina de la situación de otras zonas del planeta se constituyen en un escenario global donde “no hay diferencias de naturaleza, sólo diferencias de grado” (Hardt y Negri, 2002: 307).

Las similitudes derivadas de la actuación global del modo de producción capitalista no se traducen, sin embargo, en una imposición inevitable de la homogeneización, de tal manera que será posible encontrar versiones de la postmodernidad que responden a circunstancias y propiedades divergentes o enfrentadas. La incorporación al sistema global no supone, por lo tanto, la supresión definitiva de las diferencias sino la constitución de una forma de heterogeneidad radicalmente distinta del imaginario social de la razón moderna: “capitalist development produces neither uniform modernization nor neatly demarcated regions of industrialization and underdevelopment, but, rather, heterogeneity and differences” (Colás, 1994: 13). Al tiempo que desaparece la noción de un centro, desde el cual debe efectuarse la organización de los flujos de personas, mercancías o ideas, se multiplican los focos a partir de los que se efectúa la producción de significados y prácticas sociales, favorecida, asimismo, por las consecuencias de las recientes innovaciones tecnológicas en la transformación de las categorías espaciales y temporales. En el espacio virtual del sistema mundial, las diferencias se conforman a través de la recontextualización de lo local en el ámbito de lo global:

[...] si por postmodernidad entendemos las “respuestas/propuestas estético-ideológicas” locales ante, frente y dentro de la transnacionalización capitalista, ya no sólo en Estados Unidos o Europa sino en todo el mundo, el análisis de las (*sic*) culturas latinoamericanas tiene que partir de esta relación dialógica [...] Para **bien** y para **mal** (y para todos los matices entre estos dos polos), ya no se puede definir de manera viable lo **propio** sin articularlo dentro de esta compleja relación dialógica (Yúdice, 1989: 106-7).

Sólo la confluencia de ambos niveles puede explicar los diferentes procesos que concurren en sociedades como las que integran América Latina:

Latin American postmodernity demands that attention must be given to the heterogeneity that exists (and that continually reproduces and displaces itself) among the various artefacts produced under a variety of local social conditions and aesthetic traditions. But second, Latin American postmodernity demands that the 'original', 'native', or 'unique' elements identified in those artefacts not be interpreted only in light of those local phenomena. They must simultaneously be interpreted in light of differentiating global economic, political, and cultural processes that, although not immediately present, exert an ineluctable pressure on them (Colás, 1994: 17).

Surgida de la conjunción de dichos factores, la postmodernidad latinoamericana ha presentado un panorama histórico dominado por las dictaduras militares, el predominio del neoliberalismo, el problema de la deuda externa y el auge del narcotráfico, circunstancias que provocaron el derrumbe de los proyectos políticos desarrollados hasta los años setenta. Después de la falta de realización de las promesas de modernización y democratización planteadas durante las décadas anteriores: tanto las identidades colectivas construidas hasta el momento, como las propuestas nacidas de los diversos grupos sociales, se enfrentaron ya no a una crisis sino a un fracaso irreversible, el cual ha originado la aparición de reacciones de carácter totalitario o de enfrentamientos violentos de larga duración. Utilizando la acertada expresión acuñada por Norbert Lechner, en América Latina la postmodernidad no es más que un nombre del desencanto, un desencanto general respecto a las ideas que daban forma a las ilusiones nacidas a lo largo de la modernidad (1995:148). La devastación de dichas esperanzas se muestra como un rasgo esencial de la experiencia postmoderna latinoamericana, revelando nuevamente sus vínculos con otras manifestaciones de lo postmoderno desde las cuales se proyectan, en el contexto estadounidense o europeo, similares vivencias de desilusión.

El desencanto latinoamericano puede ser interpretado, en este punto, como una variante concreta del descrédito general que afecta a las explicaciones globales o totalizantes derivadas de la modernidad; la descomposición de estos discursos de legitimación redundante, de esta manera, en el desapego y el cuestionamiento de las entidades que organizaban la experiencia social, en especial cuando éstas han demostrado sobradamente su carácter disfuncional: “en ese contexto los antiguos polos de atracción constituidos por los Estados-naciones, los partidos, las profesiones, las instituciones y las tradiciones históricas pierden su atracción” (Lyotard, 1995: 56). Si bien en América Latina tal incredulidad en ocasiones fue promovida en función de la búsqueda de nuevas fórmulas de democratización y producción de diferencias, su plasmación en desesperanza se vivió a modo de un doloroso trauma que subrayó la frustración de las aspiraciones especificadas por el desarrollismo de la década de los sesenta. Esta decepción se extendió a las dos expresiones fundamentales de tales anhelos, las cuales serían, en lo relativo a la esfera cultural, el *boom* y, en cuanto al ámbito político, los intentos de revolución social llevados a cabo por diversos movimientos de izquierda. Ambos elementos, desplazados ahora de las posiciones privilegiadas de

lo social, anunciaban un momento ideal de culminación en la evolución de la modernidad latinoamericana, hasta el punto de ser concebidos como signos de plenitud identitaria y avance histórico. Tanto las relaciones entre dichos fenómenos como el resultado del papel tradicionalmente activo del intelectual latinoamericano² deben ser entendidos como producto de las circunstancias sociales y políticas en las que surgen:

the context of so-called *boom* in Latin American literature in the 1960s was precisely one of the crisis of the bourgeois democratic project suggested by this tradition of populist realism, which in turn the *boom* writers rejected as a literary model [...] the idea of the *boom* as a discourse of rupture with the past depended in part on its coincidence with two other factors: the political and cultural effervescence generated through out the continent by the Cuban Revolution; and the very rapid levels of capitalist or state-capitalist industrialization that began to appear in the decade of the 1960s (Beverly y Zimmerman, 1990: 21).

Las condiciones que hicieron posible la aparición del estallido cultural del *boom* y la elaboración de proyectos políticos como los puestos en marcha en Cuba o Chile no condujeron a la consecución de los niveles de modernización anhelados ni a la obtención de modelos capaces de completar los procesos de integración social emprendidos anteriormente. La década de los setenta se inició en América Latina con la imposición de regímenes dictatoriales en numerosos países, cuyas consecuencias pudieron leerse no sólo en la frustración de las expectativas generadas dentro de la izquierda latinoamericana, sino también en la presentación de una generación de escritores ya apartada de los impulsos totalizadores y fundacionales de sus predecesores³. John Beverley y José Oviedo consideran dicha crisis del proyecto de la izquierda como uno de los factores fundamentales de la postmodernidad latinoamericana, citando diversos ejemplos del colapso de la dinámica histórica inaugurada por la Revolución Cubana de 1959:

These include the failure, at the end of the 1960s, of both the armed struggle strategy represented by the guerrilla *foco* and the 'peaceful road to socialism' represented by Salvador Allende's coalition-building electoral politics in Chile; the eventual problematization of Cuba itself as a model for an achieved socialist society in the context of the unraveling of communism in the Soviet Union and Eastern Europe as a consequence of *perestroika*; the Sandinistas's defeat in the 1990 elections in Nicaragua, which brought to an end one of the most promising experiments in finding a non-Communist

² La figura del intelectual ha participado habitualmente en la construcción de los proyectos nacionales de los países latinoamericanos, ostentando importantes cargos políticos (por ejemplo, Rómulo Gallegos) o contribuyendo con sus textos o sus intervenciones a la conformación del imaginario colectivo que posibilita la institución de la nación. La historia, desde la Colonia hasta la primera mitad del siglo XX, de esta clase letrada (es decir, unida a la cultura de la letra, frente a los sectores sociales vinculados a la oralidad) es analizada por Ángel Rama en su clásico *La ciudad letrada* (1984). La aparición de los regímenes militares de los setenta supuso el desplazamiento de este grupo a posiciones de menor influencia, al tiempo que el dominio de la cultura masiva hizo obligatoria una readaptación de sus posiciones y características.

³ Dentro de dicha generación, conocida con el nombre de "postboom", se incluyen habitualmente los siguientes autores: José Agustín, Gustavo Sáinz, Aguilar Mora, Cristina Peri Rosi, Helena Poniatowska, Luis Rafael Sánchez, Manuel Puig, Reinaldo Arenas, Bryce Echenique, Oscar Collazos, Andrés Caicedo, etcétera.

form of Latin American revolutionary nationalism; [...] and the changes in the nature of the intelligentsia itself and in its relation to the state and the transnational organisms brought by the combined effects of military repression and economic internationalization (1995: 5).

Dentro de esta serie de decepciones la imposición del régimen autoritario chileno habría supuesto un punto de inflexión decisivo en la evolución de las dinámicas históricas del continente americano, en tanto que constituyó la muestra más visible y dolorosa de la aniquilación de las esperanzas de transformación social de la izquierda latinoamericana. De esta forma, no sería inadecuado decir que, como sugiere Idelber Avelar, el 11 de septiembre de 1973, fecha de la caída de la Unidad Popular de Salvador Allende, emblematicó, alegóricamente, la muerte del *boom*⁴, en tanto que a partir de dicho día la vocación histórica del *boom*, es decir, la tensa reconciliación entre modernización e identidad, pasó a ser irrealizable (2000: 55). Después de la violenta institución del poder militar, los intentos de modernización fueron vaciados de todo contenido progresista o liberador, a la vez que se procedió a purgar el cuerpo social de cualquier elemento que pudiera ofrecer alguna resistencia a una apertura generalizada al capital multinacional (Avelar, 2000: 55): el resultado final de este proceso sería, en consecuencia, el establecimiento de las bases para la constitución de la particular forma de postmodernidad que caracteriza a América Latina.

Frente a la dimensión mítica y el impulso totalizador que subyacían a la vocación fundacional propia de las obras englobadas por el *boom*, muchos de los textos posteriores se han enfrentado a la difícil tarea de construir el relato del desencanto y la derrota. Una vez constatado el fracaso de los planes de modernización y los proyectos revolucionarios que alentaron el auge cultural de los años sesenta, la literatura producida a partir del último cuarto del siglo pasado ha asumido un discurso que renuncia a la aspiración de lo absoluto que definía a sus predecesores, incluso cuando aquello de lo que se da cuenta es la frustración colectiva; con ello, la obra de estos escritores “fue incapaz de representar un fracaso, con un ímpetu similar al del *boom* a la hora de representar el impulso desarrollista de los sesenta”, fijando en el plano más formal un gusto que “apunta a lo aparentemente trivial, cotidiano, local e inmediato” (Lecuna, 1999: 38). Tanto los autores del llamado “*postboom*” como las generaciones posteriores han afrontado la interpretación de una realidad latinoamericana en la que, al tiempo que se han desmoronado los programas políticos y las bases sociales del pasado, la literatura ha perdido de manera paralela gran parte del poder y el

⁴ Otra posible fecha emblemática del final del *boom* podría ser el 20 de junio de 1973, día en el que cientos de personas pertenecientes a los grupos radicales del peronismo de izquierdas (esto es, los Montoneros) fueron asesinados en el aeropuerto de Ezeiza, en Buenos Aires, mientras esperaban la llegada de Juan Domingo Perón, exiliado durante dieciocho años. Dicho día, tal como señala Santiago Colás, marca la ruina de los proyectos utópicos de los sesenta y el inicio del paisaje de infelicidad de la postmodernidad argentina (1994: 150). La representación de los efectos de tal masacre se coloca en el centro del texto de Tomás Eloy Martínez *La novela de Perón*, uno de los libros fundamentales del postmodernismo latinoamericano.

prestigio que le otorgaba el anterior paradigma cultural. En este sentido, la literatura latinoamericana de las últimas décadas no sólo convierte las nuevas circunstancias históricas en un elemento temático fundamental sino que también encuentra en ellas la explicación de las condiciones que determinan su producción: la literatura latinoamericana trasciende el valor de un discurso sobre la crisis para revelarse, asimismo, como un discurso elaborado desde dicha crisis, esto es, desde la disolución de las prácticas y las instituciones que conferían sentido y autoridad a la posición del escritor y sus productos.

Partícipe de este sentimiento general de desconsuelo y pérdida, la literatura argentina postdictatorial, un fenómeno que, en su vertiente narrativa, abarca a autores como, entre otros, César Aira, Juan José Saer, Tomas Eloy Martínez, Rodrigo Fresán, Luisa Valenzuela o Ricardo Piglia, expuso un continuo ejercicio de reflexión sobre la producción y la transmisión de significados en una época en la cual los procesos significantes de la modernidad argentina habían sufrido un derrumbe total a raíz de la imposición del discurso autoritario del “Proceso de Reorganización Nacional” (1976-1983). El régimen militar argentino, heredero de las prácticas llevadas a cabo por las dictaduras implantadas en países como Brasil o Chile, constituyó un sistema político paradójico, ya que su funcionamiento combinaba ciertos modos de actuación vinculados a los esquemas económicos de la postmodernidad con la promulgación de una doctrina política y social derivada de una plasmación marcadamente autoritaria de la lógica de la razón moderna. El “Proceso de Reorganización Nacional” desarrolló una estrategia económica destinada al desmantelamiento de las estructuras establecidas por el peronismo, cuyo apoyo al sector industrial fue sustituido por el favorecimiento de la entrada de capital extranjero y el énfasis en las actividades relacionadas con la agricultura y los servicios. Según señala Santiago Colás, la dictadura militar unió su destino, cultural y económicamente, a los intereses de los principales países occidentales, colaborando con su propia lucha contra la subversión a la consolidación de los valores promulgados por los Estados Unidos durante la Guerra fría y cumpliendo, asimismo, con las necesidades de expansión del capital extranjero a través de la incorporación de inversores internacionales (1994: 147). La entrada de Argentina en el mercado mundial se explica, así, a partir del deseo de legitimar el discurso totalitario elaborado por el gobierno militar, una pretensión que exigía la configuración de un nuevo sistema de relaciones internacionales que coordinase la posición ideológica de la dictadura con una forma de pensamiento ampliamente generalizada y aceptada.

El período de violencia abierto por el golpe de Estado encabezado por Jorge Rafael Videla intentó justificarse, por tanto, como una guerra contra cualquier ideología juzgada como subversiva, esto es, contra todas las expresiones políticas que manifestasen de una manera u otra “the infiltration of foreign, specifically non-Western and communist, ideas into Argentina” (Colás, 1994: 123). La erradicación de

tales discursos se vio complementada, además, por la conformación de una imagen cultural que condensaba el conjunto de valores en los que recaía la reestructuración de la sociedad argentina: el orden, el trabajo, la jerarquía, la responsabilidad, la identidad nacional y la honestidad en el contexto de la moralidad cristiana (Colás, 1994: 123). El “Proceso” se instituyó a través de la hegemonía absoluta de un discurso social radicalmente diferente de las teorías políticas surgidas del peronismo popular, convirtiendo sus propias categorías ideológicas en el fundamento de una visión única de la historia nacional, sustentada por el control de la circulación de la información y el uso continuo de la violencia. El establecimiento del régimen militar partió, así, de una movilización de ciertos aspectos del lenguaje histórico del nacionalismo para generalizar los intereses de una clase determinada, la cual se sentía amenazada en gran medida por el poder obtenido desde los años sesenta por el peronismo de la resistencia y los movimientos de inspiración marxista que auspiciaban la insurgencia armada rural y urbana.

La proyección ideológica realizada por la dictadura desplegó, desde su naturaleza totalizante y monológica, una formalización hiperbólica de las imágenes unificadoras elaboradas en el orden político y social de la modernidad. A pesar de haberse producido en una época histórica en la cual la soberanía del Estado-nación había entrado en decadencia y se había hecho evidente el predominio del sistema global, el “Proceso” se presentó como un modo desmedido de la realización del Estado, ya que llevó al extremo los mecanismos de funcionamiento del aparato estatal. Las prácticas de control y exclusión que regían el modelo disciplinario de la modernidad fueron amplificadas por el régimen militar, el cual monopolizó la producción de conocimiento en el ámbito social y se apropió de la totalidad de las formas de actuación sobre los cuerpos, hasta el punto incluso de llegar a determinar su desaparición. Al igual que otros sistemas totalitarios, la dictadura argentina se constituyó como la versión monstruosa de la modernidad, transformando el optimismo generado por algunas de las distintas configuraciones de la Ilustración en una realidad de violencia y barbarie.

La renuncia a la totalidad que caracterizaba a la sociedad argentina postdictatorial se inscribió, así, no sólo en la frustración de los proyectos de modernización y desarrollo sino también en el rechazo del discurso totalizante y totalitario fabricado por el régimen militar. La incredulidad hacia los metarrelatos de la modernidad adquirió en este contexto un significado político diferente del concretado por el modelo de la postmodernidad euroestadounidense, cuya delimitación se ha basado en el análisis de circunstancias asentadas sobre la evolución de procesos democráticos. La postmodernidad latinoamericana y, sobre todo, su variante argentina, se ofrecen como una relectura y una crítica de las formaciones sociales y culturales que produjeron la modernidad, a la vez que como una “exacerbación translineal de lo que esta modernidad ya contenía de heteróclito y disparatado –el paroxismo figural de su multitemporalidad abigarrada de

referencias disconexas y memorias segmentadas” (Richard, 1994: 217). El énfasis en la fragmentariedad de la propia modernidad supuso el punto de partida para el reconocimiento de la heterogeneidad sobre la que se deseaba fundar las propuestas colectivas de la postmodernidad, a partir de las cuales deberían surgir tanto unas nuevas posibilidades de participación democrática como una conciencia política capaz de aprovechar el poder productivo del desencanto: “disenchantment, which arises, in a sense, out of the crisis of the political, can, in the end, be politically fruitful. The postmodern sensibility foments an experimental and innovative dimension in politics: an art of the possible” (Lechner, 1995: 163).

En este sentido, Nelly Richard destaca cómo la recuperación de la democracia como reacción antitotalitaria dentro de un marco pluralista de integración social y la aparición de nuevos sujetos socialmente diversificados que reivindican su derecho a la diferencia, fueron componentes esenciales de la experiencia postdictatorial de los países latinoamericanos que “acercan su nuevo horizonte político a los cambios destotalizadores de estado-poder-sociedad-instituciones cifrados por la teoría postmoderna de lo microsocioal” (1994: 218). Esta reorientación de las formas sociales y culturales en el marco de la postmodernidad se dirigió, asimismo, hacia una reformulación de las funciones de la figura del letrado-escritor en sus distintas variantes y de la misma literatura, cuya posición central en la constitución de la narración social ha sido desplazada por la influencia de medios provenientes de la cultura masiva como el cine, la televisión o la música popular. La desvinculación del grupo letrado de los lugares de poder asociados a la hegemonía estatal ha hecho posible, por tanto, la creación de un escenario en el que la literatura asume un nuevo compromiso ético en la producción de diferencias y la elaboración de un imaginario verdaderamente democratizador. Dadas las condiciones del orden político de la sociedad postdictatorial, la tarea que ha afrontado la versión postmoderna del letrado⁵ es la de construir una narrativa capaz de vertebrar los procesos de destotalización que tienen lugar en el seno de la sociedad y de representar la heterogeneidad radical de las formaciones culturales que la integran, evitando su reducción a un discurso monológico: “la necesidad de una discusión general de ideas no puede ser considerada una vanidad de intelectuales de viejo tipo, [...] que juegan su poder simbólico a la reconstrucción de alguna totalidad determinada” (Sarlo, 1994: 193).

Tal como afirma Gareth Williams, el desarrollo de la postmodernidad en América Latina ha hecho necesario investigar los límites de un nuevo tipo de narrativa, “a narrative capable of exploring dislocation and of opening up its deconstructing structures to future possibilizations” (2001:133). La efectividad de

⁵ A falta de otras figuras que lo sustituyan definitivamente en la configuración de las formas dominantes de la narración social, el letrado se sigue presentando a sí mismo como el sujeto principal de la historia y la identidad nacionales. Así pues, tras la pesadilla de la violencia totalitaria de la dictadura, el letrado se reinventa como un elemento de resistencia frente al poder del Estado, abandonando su apoyo tradicional al poder institucional.

dicho discurso exige, así, la evocación de una lógica diferente de los sistemas dominados por la estabilidad topográfica de lo nacional o lo regional y la interrupción de los procesos de estandarización y naturalización que intervienen en la configuración de los modos tradicionales del poder (Williams, 2001: 133). Esta narrativa, construida como resultado de una quiebra en la propia narratividad, asume el riesgo y las potencialidades de su propia inestabilidad, con lo que deja a un lado las pretensiones de alcanzar un conocimiento total, unificado y sistemático en favor de la apertura hacia lo heterogéneo (Williams, 2001: 132). A partir de esta enfatización de la diferencia, se efectúa una deconstrucción de las articulaciones hegemónicas previas introduciendo un espacio simbólico en el que se hacen efectivas la recuperación de las ausencias originadas por la tradición y la representación de las experiencias reunidas dentro del ámbito de lo subalterno. Tales características dan cuenta, de esta manera, de las aspiraciones de la escritura derivada de las condiciones de la postmodernidad latinoamericana, una forma literaria que, en tanto que práctica de una relectura desencantada y dialógica de la modernidad, busca alcanzar una repolitización de la estética.

Finalmente, la literatura argentina postdictatorial afrontó la exigencia de elaborar nuevos modos de representación con los que expresar tanto las experiencias de los que sobrevivieron a la violencia estatal como los vacíos dejados por los que sucumbieron a ella. El origen de la escritura se localizó, dadas estas circunstancias, en la enunciación de un estado de aflicción que unía a los supervivientes con aquellos que habían perdido la vida y, en el caso de los desaparecidos, habían sido eliminados de los discursos oficiales: “En la postdictadura, las narrativas provienen del duelo, o mejor, el imperativo inaplazable del proceso de duelo no es sino la necesidad de narrar” (Avelar, 1995: 425). La narración y el trabajo de duelo se identifican en la formulación de un discurso que intenta invocar la carencia a partir de la plasmación de sus devastadoras consecuencias: “Marcado por la pérdida de objeto, el pensamiento en la postdictadura piensa desde la depresión, o incluso piensa la depresión misma” (Moreiras, 1993: 26). La alegoría se convirtió, así, en el modo privilegiado de significación de una escritura que, como la desarrollada a partir de la instauración del régimen militar argentino, surgió irremediamente de una pérdida de sentido, del colapso de las referencias simbólicas que aseguraban la inteligibilidad de las narrativas anteriores. La literatura argentina postdictatorial, aparece, pues, como un ejemplo evidente de la lucha por reflejar los efectos de la violencia institucional sobre el lenguaje y la experiencia social, de los esfuerzos por conquistar un espacio para la expresión de la alteridad entre las ruinas del significado:

La alegoría es el tropo de lo imposible, ella necesariamente responde a una imposibilidad fundamental, un quiebre irreparable en la representación. [...] Este “hablar otro” no se entiende aquí sólo como una mera búsqueda de formas alternativas del habla, sino también el hablar *del* otro (en el doble sentido del genitivo), de responder a la llamada del otro. [En] la literatura postdictatorial habla al [el] otro. La alegorización tiene lugar cuando aquello que es más familiar se revela

como otro, cuando lo más habitual se interpreta como ruina [...]. Los documentos culturales más familiares devienen alegóricos una vez que los referimos a la barbarie que yace en su origen (Avelar, 2000: 316).

La lucha por el recuerdo asume el valor de una lucha de carácter político en la que no sólo se protesta contra los crímenes del pasado sino que también se exige la recuperación del discurso histórico monopolizado por el aparato estatal: “En América Latina la memoria es siempre política, un grito de justicia [...] la memoria de la militancia con los desaparecidos, el horror de la dictadura y su correlato actual, los juicios por genocidio y la busca de los nietos robados” (Ludmer, 2010: 58-59). En el desarrollo de esta reivindicación de la memoria se potencia la producción de una reflexión crítica sobre el trauma social provocado por la violencia institucional, una tarea que, al igual que las anteriormente señaladas, la literatura ha intentado asumir en las últimas décadas (Franco, 2003: 310). A pesar del colapso de los proyectos totalizantes que caracterizaban la narrativa predominante durante los sesenta, la literatura argentina postdictatorial⁶ se presenta como un espacio cultural propicio para la recuperación de la memoria y la articulación de un discurso ideológico opuesto a la amnesia oficial, a la vez que como un lugar simbólico donde se representan las tensiones entre la fijación social del recuerdo y la imposición del olvido. La representación de las condiciones propias de la sociedad argentina postdictatorial supuso el punto de partida para la elaboración de una narrativa basada en la búsqueda de nuevas respuestas frente a la quiebra de los relatos que fundamentaban las imágenes previas de lo nacional. La necesidad de descubrir nuevas estrategias frente al poder totalitario del Estado y reformular los principios sobre los que debe asentarse la conformación de la comunidad, constituyó, de esta manera, el eje principal de los textos que integran la producción cultural de la literatura argentina postdictatorial argentina. Las obras de esta generación de escritores argentinos demuestran, con ello, un significado político basado tanto en la resistencia frente a los dispositivos de control de la hegemonía estatal como en la reconstrucción de la voluntad utópica y la recuperación del valor subversivo del lenguaje. En último término, la constatación de tales características conduce a la confirmación de una escritura postmoderna específicamente latinoamericana que, desde su integración en el contexto global, ejecuta un proyecto político y estético determinado por la rebeldía contra la imposición de los discursos del poder estatal.

⁶ Tal como demuestra Idelber Avelar, textos como *Em liberdade*, de Silviano Santiago; *Lumpérica* y *Los vigilantes*, de Diamela Eltit; *Bandoleiros*, de João Gilberto Noll; *En estado de memoria*, de Tununa Mercado, además de la novela *La ciudad ausente*, de Ricardo Piglia, muestran la aparición durante las décadas de los ochenta y los noventa de una narrativa que incorpora el trabajo del duelo y la restauración de la memoria como imperativos postdictatoriales (1995: 29).

BIBLIOGRAFÍA

- Avelar, I. (1995). Cómo respiran los ausentes: la narrativa de Ricardo Piglia. *MLN*, 110, 2, 416-432.
- (2000). *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- Beverley, J. y Zimmerman, M. (1990). *Literature and politics in the Central American Revolutions*. Austin: University of Texas.
- Beverley, J. y Oviedo, J. (1995). Introduction. En J. Beverley, M. Aronna y J. Oviedo (Eds.). *The Postmodernism debate in Latin America* (pp. 1-17). Durham: Duke UP.
- Colás, S. (1994). *Postmodernity in Latin America: The Argentine Paradigm*. Durham: Duke UP.
- Franco, J. (2003). *Decadencia y caída de la ciudad letrada* (Trad. H. Silva Míguez). Barcelona: Debate.
- Hardt, M. y Negri, A. (2002). *Imperio* (Trad. A. Bixio). Barcelona: Paidós.
- Lechner, N. (1995). A Disenchantment Called Postmodernism. En J. Beverley, M. Aronna y J. Oviedo (Eds.). *The Postmodernism debate in Latin America* (pp. 147-164). Durham: Duke UP.
- Lecuna, V. (1999). *La ciudad letrada en el planeta electrónico. La situación actual del intelectual latinoamericano*. Madrid: Pliegos.
- Liotard, J-F. (1995). *La postmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona: Gedisa.
- Ludmer, J. (2010). *Aquí América Latina. Una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Mignolo, W. (2007). *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial* (Trad. S. Jawerbaum y J. Barba). Barcelona: Gedisa.
- Moreiras, A. (1993). Postdictadura y reforma del pensamiento. *Revista de Crítica Cultural*, 7, 26-35.

Rama, Á. (1984). *La ciudad letrada*. Hannover: Ediciones del Norte.

Richard, N. (1994). Latinoamérica y la Posmodernidad. En H. Herlinghaus y M. Walter (Eds.). *Posmodernidad en la periferia: enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural* (pp. 210-222). Berlin: Langer.

Sarlo, B. (1994). *Escenas de la vida postmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.

Williams, G. (2001). Hear Say Yes in Piglia: *La ciudad ausente*, Posthegemony, and the “Fin-negans” of Historicity. *Angelaki*, 6, 1, 127-145.

Yúdice, G. (1989). ¿Puede hablarse de postmodernidad en América Latina? *Revista de crítica literaria latinoamericana*, 29, 105-128.